

De un pasado artesanal a un futuro mediático. El libro y una analogía: Michael Jackson

*Por: Javier Escobar Isaza **

La analogía

El tema que nos ocupa es el libro, el libro como expresión fundamental de la historia humana. Pero hay en los días que corren un lugar común, en el que también vamos a caer ahora, aunque ojalá con sentido: referirnos, como tantos otros, a la muerte de Michael Jackson. Se trata de aquel fenómeno cultural que ha trascendido todas las fronteras, que se ha apoderado de todos los medios de comunicación del planeta, que ha enloquecido a millones de fanáticos y ha causado ira en un buen número de personas mayores, que consideraban inaceptable que la muerte de un representante del mundo del entretenimiento hubiera bastado para trastornarlo todo: de un día para otro, se había olvidado la crisis de Irán; los ojos de aquella joven iraní que se fueron quedando sin vida para sacudir al mundo ante la cámara de video de un celular, parecieron hundirse en el olvido; pasaron a un segundo plano la tragedia que significan los procesos económicos actuales, como el desempleo creciente o la bancarrota de grandes empresas automovilísticas, o la tragedia ecológica a la que está abocado el universo con el calentamiento global, o la crisis política de nuestros países latinoamericanos, y una ceremonia fúnebre, la de aquel hombre, se convirtió en el centro casi único del interés mundial.

¿Ante qué clase de sepelio nos encontrábamos? Tal vez no haya mejor expresión que llamarlo un sepelio mediático, un acto en el que confluyeron todas las inmensas posibilidades que la tecnología de las comunicaciones ha logrado desarrollar con su ritmo frenético, para reunir las en torno a quien fue el genio que logró sintetizar, en su vida, en su música, danza y canciones, todas aquellas posibilidades de los medios. La vida mediática y la muerte mediática por antonomasia tenían que desembocar en el sepelio mediático.

Elvis Presley y los Beatles, en su época, habían conmovido al mundo, pero se trataba de una conmoción muy centrada en el ritmo, la melodía y la letra. Elvis, con sus movimientos, señalaba un horizonte, pero no lo desarrollaba a fondo; los Beatles, con el Submarino Amarillo o Help de Richard Lester, avizoraban una salida, desde la expresión musical hacia una expresión más total. Siguieron pasando los días, maduraron los medios electrónicos, se hicieron casi ilimitadas las posibilidades de luces, montaje,

manejo del tiempo y del espacio, unidas al desarrollo de la animación por software, y llegó una pléyade de músicos que empezaron, quien más quien menos, a valerse de estos medios (Madonna, Shakira, etc.), pero fue Michael Jackson, el pequeño de los antiguos Jackson Five, quien logró alcanzar esa expresión —más que expresión, esa explosión musical sin precedentes—, que retomó todos estos elementos, para realizar una obra total que creaba nuevos mundos mediante la destrucción de nuestro espacio—tiempo y el juego sin medida de luces, montaje, ritmo y baile, aprovechando hasta su límite las posibilidades de la expresión humana. Cuando este hombre, que había logrado semejante hazaña, murió en momentos en que nadie lo esperaba, la humanidad comprendió el fenómeno tan excepcional que representaba. Y ésta es la explicación del montaje impresionante en que se convirtió la ceremonia del funeral. No pudo realizar la gira artística que tenía proyectada, pero la reemplazó por ésta, su última obra de arte, la ceremonia definitiva de su vida.

Estas consideraciones sobre Michael Jackson, según veremos, se van a convertir en una analogía enriquecedora, que nos va a ayudar a comprender el posible papel futuro del libro: no el de aquel que nos acompañó y guió en nuestro pasado, sino el de la era digital.

El caso de Sergio y el hipervínculo

Dos ejemplos de los 80:

Para avanzar en nuestra reflexión convendrá acudir a dos ejemplos de fines de los años ochenta y comienzos de los noventa; dos ejemplos de nuestro más cercano entorno de la ciudad de Medellín. Al primero lo llamaremos el caso de Sergio y al segundo, la inútil búsqueda de un pc para los filósofos.

El caso de Sergio:

Sergio era un estudiante de sistemas de una de las universidades de Medellín. Buscaba un tema para el trabajo de grado. En aquel entonces (comienzos de los noventa), trabajábamos en un proyecto sobre la aplicación del computador al análisis lingüístico —la primera versión del programa Cratilo, que se desarrollaba bajo la guía creadora del profesor Jorge Antonio Mejía, del Instituto de Filosofía de la Universidad de Antioquia—. En las discusiones que hacíamos en torno al programa, salía a relucir a veces el concepto de hipertexto. Sin comprender aún la trascendencia que éste habría de adquirir en los años siguientes, pues la incipiente Internet carecía aún de cualquier presencia entre nosotros, tuve una conversación con Sergio en la que le sugerí que éste podría resultar un buen tema para su trabajo de grado. Al joven le gustó la idea y emprendió la búsqueda, en su universidad, de un profesor que se interesara en dirigir el trabajo. Sergio no alcanzaba a ver las posibles aplicaciones concretas del asunto, pero vislumbraba en él un futuro de posibilidades inquietantes. Pero el joven estudiante de sistemas no encontró, entre sus profesores, a ninguno a quien le hubiera parecido que valía la pena realizar un

trabajo de grado sobre el hipertexto, en una ciudad como Medellín. Y entonces Sergio se vio en la necesidad de buscar otro tema de investigación.

Han pasado los años con una velocidad que jamás habríamos soñado, y el hipertexto y los hipervínculos se convirtieron en una de las herramientas esenciales de la Internet y de cualquier investigación que pudiéramos hacer. Hoy no concebimos una sola consulta en la red mundial en la que no estemos yendo y viniendo de manera permanente, de clic en clic, de un tema a otro, de un hipervínculo a otro. Pero en aquel momento de comienzos de los noventa, en nuestro medio universitario de Medellín, el hipertexto y el hipervínculo eran aves extrañas, carentes de importancia.

Mientras Sergio, desanimado, buscaba otros temas para su investigación, las librerías de la ciudad encontraban aún, en la venta de enciclopedias, una de sus grandes fuentes de ingresos. Los vendedores seguían recorriendo las oficinas de los profesores universitarios para ofrecerles, con buenas condiciones de crédito, la última edición de la Enciclopedia Britannica, o de la Espasa o Vox, incluyendo en la venta, claro está, los tomos de actualización que, año tras años, irían saliendo al mercado. Y aquellos profesores que no encontraron interesante la propuesta de Sergio, parecían no haberse dado cuenta de que todas las enciclopedias habían sido construidas precisamente con el recurso a una primitiva versión impresa del hipertexto, que se hacía presente cuando, en el desarrollo de un tema cualquiera, remitían a otro artículo de la misma obra, como por ejemplo, si en un artículo sobre la Verdad aludían a la concepción platónica de la misma y ponían, entre paréntesis junto al nombre de Platón, la palabra véase. Los diccionarios y enciclopedias, en su misma esencia, habían sido, desde la antigüedad, obras llenas de hipertexto y los ficheros enormes que hacían los investigadores, con las palabras clave que anteponian a cada ficha, eran las bases de datos de aquellos hipertextos.

Nos hallábamos, sin duda, ante un caso de miopía frente al texto y sus posibilidades.

La inútil búsqueda de un pc para los filósofos

El segundo ejemplo tuvo lugar algunos años antes del de Sergio. Evidentemente, a mediados de los años ochenta la Universidad de Antioquia no podía subsistir sin el uso del computador. La administración central, tanto en lo financiero como en lo laboral y académico, utilizaba la computación, acudiendo para ello al recurso de un gran computador central, y ya empezaban tímidamente a aparecer algunos computadores personales, sobre todo en las áreas de ingeniería y de las ciencias exactas y naturales. En aquellos días, unos pocos profesores de las áreas humanísticas quisieron tener, también ellos, acceso a esta nueva herramienta. A quienes trabajaban en Filosofía, sólo con dificultad se logró que les fuera asignado un computador marca Texas Instruments, ya un tanto anticuado incluso para la época, que reposaba en la dirección del departamento y cuya única posibilidad era trabajar un procesador de palabras (Word Star, WordPerfect o la primera versión de Word de Microsoft). Cuando se pretendió

conseguir algo mejor, la respuesta fue que con el que teníamos bastaba, pues a un filósofo solo le servía el computador para elaborar textos escritos y nos encontrábamos ante una máquina que sí era importante para quienes trabajaban en el campo de las ciencias exactas, que requerían instrumentos de cálculo complejos.

Este ejemplo muestra a las claras la muy limitada percepción de las posibilidades de la computación en campos como la literatura, las ciencias humanas y la investigación humanística. Y también aquí nos hallábamos frente a un caso de miopía, de incapacidad de captar el fenómeno central de la digitalización de todo, pues no solo los números de los matemáticos caían bajo el ámbito de lo digital que irrumpía en nuestro mundo.

Es evidente que el desarrollo de la técnica mostró, con una velocidad pasmosa, lo equivocados que estábamos y hoy, a escasos veinte años de aquella época inconcebible, no hay una sola persona del medio académico para quien estos instrumentos no se hayan convertido en una de las herramientas fundamentales de su labor.

Claro está que lo académico ha girado siempre, y sigue girando hoy, en torno a lo escrito, ya se trate de libros, de revistas o de documentos impresos. Con todo, el notable cambio de los últimos veinte años ha hecho que también este mundo de los libros y publicaciones haya sido objeto de la invasión digital, con vigor inusitado y consecuencias aún insospechadas. Y a este punto vamos a dirigir nuestra atención:

El futuro del libro: del viejo libro artesanal unidimensional al digital de múltiples dimensiones

Hoy, evidentemente, seguimos publicando, vendiendo y leyendo libros y revistas, y hemos desarrollado tecnologías de un grado único de sofisticación para alcanzar ediciones muy rápidas, bellas y económicas. Cada vez más a menudo, sin embargo, acudimos al computador y a la Internet en relación con nuestra lectura; los grandes periódicos, así como buena parte de las publicaciones seriadas, han ido emigrando lentamente a la Internet y hay en desarrollo un proyecto de digitalización de los libros de todas las grandes bibliotecas, a fin de que sea posible consultarlos online (lo que evidentemente ocurrirá solamente cuando por fin haya llegado el momento de solucionar el problema de los derechos de autor, que no permiten, hoy por hoy, un acceso libre a estas grandes bibliotecas digitales; pero se trata de un problema de carácter eminentemente práctico y jurídico, que con toda seguridad acabará por resolverse). Las búsquedas de información se realizan, en un porcentaje cada vez más intenso, mediante el uso de la red; las enciclopedias prácticamente pasaron a la historia, con excepción de aquellas con presencia online; un número considerable de revistas científicas se encuentra ya online y las bases de datos para conseguir información sobre el desarrollo de la investigación en cualquiera de los campos del saber se hallan también online. Además, comienza a popularizarse el libro electrónico o digital, en diferentes formatos.

Es verdad que hasta hace poco había un importante argumento en contra de la expansión masiva del libro digital y a favor de la conservación del tradicional. Esta objeción consistía, no solo en aquello que podríamos llamar el aspecto romántico del libro, a saber, la experiencia visual y táctil del papel, el olor de la tinta del libro nuevo, unidos a la carga emocional que, después de siglos de uso del libro, le poníamos a éste, sino también, y de manera muy importante, en una característica física del libro electrónico y de la tecnología que le servía de soporte, que acababa por apartar de él a un buen número de lectores, a saber, que todo libro digital se leía, en última instancia, sobre una pantalla de computador (ya se tratara de la pantalla grande colocada sobre una mesa, ya de los lectores más pequeños de un laptop o de un computador de mano, de un “asistente digital personal” o pda, de un ipod, iphone, u otro teléfono celular), pero la pantalla, dadas sus características físicas, inducía por necesidad la fatiga en el lector, pues la luz de fondo de ésta (el backlighting que llaman, con uno de tantos anglicismos corrientes) era la encargada de servir de soporte de las letras negras del texto, y la permanente sumisión del ojo a su brillo causaba fatiga. Por otra parte, estas mismas condiciones significaban que no era posible leer en condiciones de luz de día plena. Pero desde hace varios años existe una tecnología que sólo requería tiempo y trabajo para madurar, la llamada tinta electrónica (Electronic Ink), que suprime por completo aquel efecto fatigante y ha hecho posible la producción de máquinas para la lectura de libros electrónicos que no fatigan al lector y permiten una experiencia prácticamente igual a la que se tenía con el libro de papel. Ya se venden en el mercado varias versiones de lectores basados en este principio, como el Kindle de Amazon.com y el E—Reader de Sony, que pasan en la actualidad por ese proceso de masificación con efecto de bola de nieve tan típico de los desarrollos tecnológicos de nuestra época. Esta tecnología le da a cualquier lector potencial la ventaja de tener acceso inmediato a estos libros, que se descargan de la Internet en cuestión de minutos y se archivan en la máquina lectora, al lado de otras múltiples obras, lo que le permite a su dueño llevar consigo una biblioteca ambulante y realizar una lectura no fatigante, disponible en cualquier ambiente, a la manera del libro tradicional, pues ya no requiere complejas situaciones de iluminación ambiental. El nuevo libro electrónico se puede leer en el campo, a la luz del sol o debajo de un árbol, o sentado en el tren camino del trabajo, lo mismo que bajo la lámpara preferida, en el ambiente cálido de la sala de la casa. Podemos repetir con él la experiencia que tantas veces hemos disfrutado en el pasado, de leer, durante un agradable fin de semana en casa, la novela más reciente. Este libro electrónico va a convertirse con rapidez en el modo de lectura normal, incluso para quien solo se interesa por el último best seller. El éxito que las nuevas formas están alcanzando en países de mayor desarrollo que el nuestro garantiza que su llegada hasta nosotros sea solo cuestión de tiempo, y de bien poco por cierto.

Pero la evolución no se va a quedar allí. El libro electrónico tiene la enorme ventaja de permitir la integración de múltiples elementos multimediales, adicionales a la palabra escrita. En un libro electrónico resulta fácil integrar fotografías, videos, música e hipervínculos que nos lleven a otras partes de la misma obra o a obras diferentes y nos permiten cambiar nuestro modo de leer. Si tengo

simultáneamente en mi lector novelas, poemas, diccionarios, textos científicos, revistas, enciclopedias, música y videos, y además le añado —algo que será muy fácil de hacer en un futuro próximo—, un acceso a la inmensa variedad de la Internet, la experiencia del libro cambiará de manera radical. Leer será una aventura en la que ingresaremos por una puerta, el libro que hemos escogido, pero nos iremos desplazando, de hipervínculo en hipervínculo, por otras mil puertas y pasadizos, hasta que, ya satisfechos de nuestro paseo, decidamos regresar al punto de partida.

Nosotros, los que nacimos en la cultura del libro tradicional, apenas sí hemos podido adaptarnos un poco a los nuevos medios, como desplazados que somos del viejo libro del artesano, y seguimos leyendo en forma lineal. Esto lo hacemos a pesar de que hubo ya, en los años sesenta del siglo xx, el intento formidable de Julio Cortázar con su obra Rayuela. Cortázar nos sugería múltiples posibilidades de adentrarnos por el camino de su novela, en lecturas no lineales, aunque también nos dejaba la posibilidad de realizar una lectura de cuño clásico, siguiendo el orden dispuesto por él. Y nosotros, los lectores de la época, en forma mayoritaria nos contentamos con esa lectura lineal, que también era posible y nos daba la tranquilidad interior de dejarnos guiar por la mano providente del autor, sin atrevernos a entrar por vericuetos alternos e inseguros, que podrían de pronto haber sido más creativos.

Pero hay otro caso, no menos importante, en el desarrollo del libro. Al menos desde mediados del siglo xx, fue común que se publicaran obras infantiles en las que, al abrir una página dada, por gracia de un trabajo de diseño en el que se recreaban, en forma tridimensional, los objetos a los que se hacía referencia en el escrito, éstos surgían de la página y se proyectaban sobre ella. Ya se tratara de un castillo, o de un monstruo, o de pronto de un paisaje, la imagen se desplegaba sobre la página ante la mirada asombrada del niño. Ahora bien, hoy, en los primeros años del siglo xxi, se ve un progreso increíble de este concepto, cuando podemos ya extender un libro abierto ante una pantalla de computador, de tal suerte que, sobre sus páginas, hagan presencia las imágenes holográficas más variadas, que parecen abandonar la pantalla del computador que tenemos al frente, para caer sobre la superficie del libro abierto. Se insinúa así la superación total de la bidimensionalidad del libro, para abrirle campo a la holografía, de posibilidades aún demasiado hipotéticas para atrevernos a ahondar en ellas.

A diferencia del caso nuestro, los jóvenes de hoy, los que nacieron cuando ya los años noventa habían permitido el cambio radical, los que se han alfabetizado en el mundo de las multimedia y no han conocido otro, ¿cómo van a leer? ¿Cuál va a ser su experiencia vital? Los juegos de video actuales, en los que se sugieren múltiples vías para resolver los problemas planteados por el juego, se salen de la clásica concepción narrativa lineal y el jugador emprende caminos que, aunque forman parte de las posibilidades diseñadas por el juego, pueden ser tan únicas como el individuo que lo está jugando, aquí

y ahora. Tal vez haya en estos juegos una imagen de las posibilidades de lectura no lineal que realizarán quienes pertenecen a la generación posterior a los noventa.

En el espíritu de lo que han hecho Michael Jackson y otros artistas contemporáneos, el mundo de la lectura de las generaciones recientes será un mundo que integrará mil elementos multimediales diferentes. Por eso la vida de este hombre, que hemos visto como la del individuo que logró integrar las casi ilimitadas posibilidades de la expresión artística, se puede convertir para nosotros en una excelente analogía, casi diría una metáfora, para comprender lo que puede y debe llegar a ser el libro digital del futuro. Porque el libro que hemos conocido, el del pasado, como efecto de las profundas transformaciones tecnológicas de nuestro mundo contemporáneo, está condenado a una transformación radical, y ya nos encontramos inmersos en el proceso que conducirá a ésta. Pero no hay que temerle al cambio, pues, a fin de cuentas, lo que importa no es tanto la manera como se transmite la información, cuanto que ésta se encuentre disponible para que los seres humanos hagan buen uso de ella y la empleen de manera provechosa. He aquí la función del libro, tanto la del artesanal y unidimensional de ayer, como la del de hoy, y la del digital de múltiples dimensiones que está en gestación.

The sky's the limit! , afirma el optimista dicho norteamericano: el nuevo libro casi no tendrá límites en sus posibilidades. Pero quizás habrá que añadir una consideración que va un poco en contravía de lo dicho: si las posibilidades del libro electrónico son tales, ello no significa por necesidad que el otro libro, el clásico, se vaya a acabar. Se intensificarán las nuevas tendencias, pero es muy probable que la tecnología digital no destruya la vieja. Cada tipo de libro encontrará su nicho, y allí seguirá viviendo, a la manera como la televisión no acabó con la radio, como tal vez se pensó en algún momento, ni la Internet ha acabado con la televisión, o como tantos seres vivos han sobrevivido a la desaparición de otras especies, incluso de especies más avanzadas en complejidad que ellos, pues han encontrado un nicho ecológico adecuado para conservarse y reproducirse. En tal caso, las imprentas seguirán realizando su labor, imprimiendo libros y otros escritos, y las editoriales trabajarán en ambos campos, tanto en la edición de libros electrónicos como físicos, según el mercado les vaya dictando. Se trata de algo que solo el tiempo dirá.

** **Javier Escobar Isaza** es escritor y traductor. Profesor jubilado de la Universidad de Antioquia, se desempeñó como director del Departamento de Publicaciones de la Universidad de Antioquia (1988-1989) y dirigió Artes, la Revista, publicación semestral de la Facultad de Artes. Escribió este artículo para la Agenda Cultural Alma Máter.*